

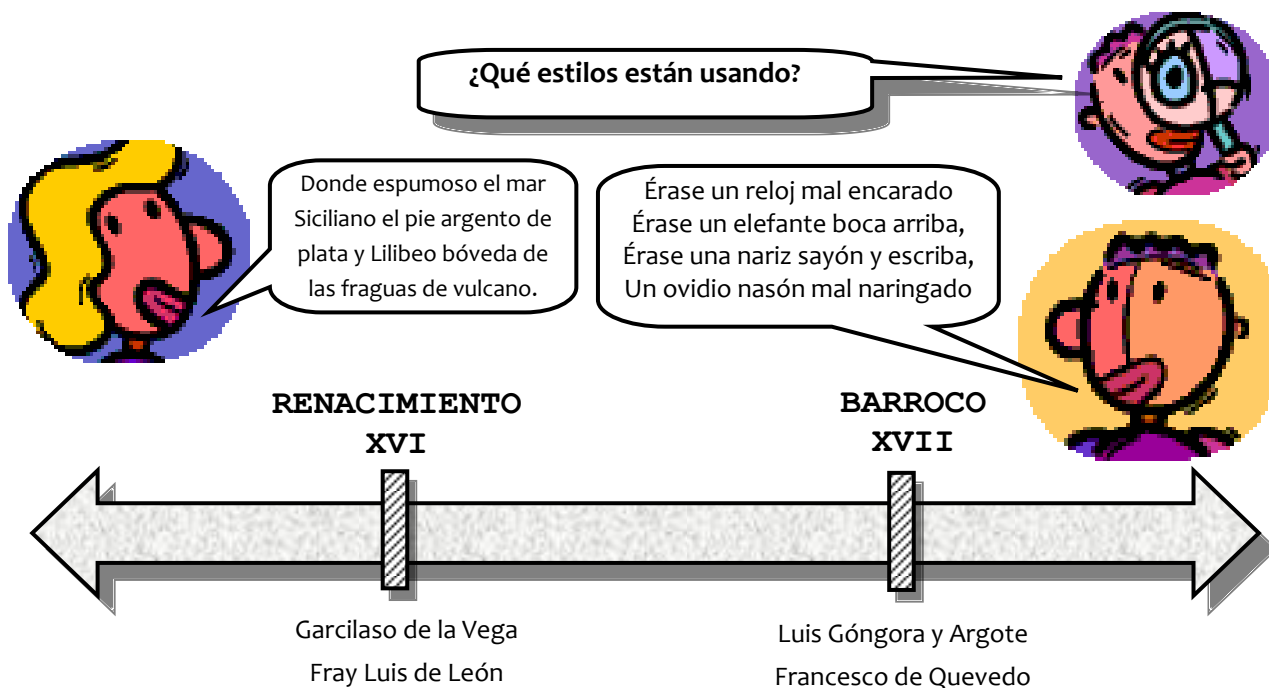


RECURSOS DIDÁCTICOS

SEGUNDO DE SECUNDARIA

LITERATURA

BARROCO ESPAÑOL CONCEPTISMO Y CULTERANISMO



● CULTERANISMO

Tendencia lírica al barroco desarrollada a partir de la corriente literaria llamada conceptismo, el culteranismo se caracterizó por la cuidadosa selección del léxico, la introducción de neologismo en el lenguaje, el uso excesivo del hipérbaton, las metáforas intrincadas y la temática mitológica. Este estilo de formas caprichosas y oscuras, generalmente en detrimento de la fluidez y la inteligibilidad del texto, pero de todos modos exquisita, halló su máxima expresión en la obra de Luis de Góngora.

¿Sabías que Góngora fue reconocido como gran poeta recién en el siglo XX?



● LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE (Córdoba, 1561- 1672)

Restablecido por los poetas de la generación del 27 como uno de los autores más insignes de las letras castellanas, Don Luis de Góngora y Argote representa el pináculo de la vertiente culterana de la poesía del Siglo de Oro. De familia ilustre, se educó en la biblioteca de su padre y en la Universidad de Salamanca, e hizo votos religiosos en su juventud con el propósito de percibir una pensión eclesiástica, que le fue adjudicada a los cincuenta y cinco años tras una vida de penurias y privaciones. Se hizo, sin embargo, tempranamente popular entre sus contemporáneos como autor de romances amorosos, moriscos y pastoriles y de ingeniosas letrillas de inspiración popular. La sencillez de estas piezas menores, que constituyen la faceta más accesible de su obra, contrasta con la complejidad del estilo culterano que, a partir de 1610, dominaría ambiciosas obras de madurez como la Fábula de Polifemo y Galatea y las Soledades, que circularon en manuscrito en 1613. La sofisticación lírica, la gramática latinizante, las alusiones mitológicas y eruditas de este estilo culterano, presente también en muchos sonetos y canciones del autor, fueron objeto en su día de imitaciones profusas y críticas feroces.

Emulado por numerosos imitadores que llevaron el culteranismo hasta el último extremo del retruécano, el poeta padeció el vilipendio de Lope de Vega y de Quevedo, quien ridiculizó sus composiciones como incomprensibles y fútiles. No obstante, aun en el clímax del antigongorismo, el maestro siguió siendo admirado por la belleza elemental de letrillas como Lloraba la niña y No todo son ruiseñores, romances como Servía en Orán el rey y poemas burlescos como Ande yo caliente y Ahora que estoy despacio, al igual que por sus sonetos, que figuran entre los más brillantes de la lengua castellana. La valoración prejuiciosa de sus obras más complejas y difíciles se prolongó hasta fines del siglo XIX, cuando los simbolistas franceses y los poetas modernistas redescubrieron en ellas un intento por recrear la poesía pura. La rehabilitación definitiva de su legado tuvo lugar en 1927, cuando Federico García Lorca, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Rafael Alberti y otros jóvenes poetas se proclamaron sus discípulos en un homenaje realizado en el tercer centenario de su muerte, que definiría la generación más vital de la poesía española del siglo XX.

FÁBULA DE POLIFEMO Y GALATEA

Brillante composición, este poema escrito en octavas reales es una de las obras imperecederas de Góngora y un claro ejemplo de la literatura culterana del siglo de Oro. Retoma una de las leyendas más favorecidas a lo largo de los tiempos, la historia del cíclope Polifemo y la bella ninfa Galatea. La contrapartida del monstruoso personaje es el apuesto Acis, a quien Galatea ama perdidamente. El cíclope, en su oscura caverna, canta su amor no correspondido a la ninfa. Al escucharlo, Galatea y Acis, que en ese momento se encuentran juntos, huyen para salvar sus vidas. Pero el Cíclope los halla y da muerte al joven. Entonces los dioses, atendiendo a los ruegos de la ninfa, convierten la sangre de Acis en un arroyo cristalino. Una primera versión de esta fábula aparece ya en la Odisea de Homero, y Eurípides y Ovidio la incluyen también en sus obras. Durante el renacimiento y el barroco, el redescubrimiento de los clásicos impulsó adaptaciones como esta de Góngora. El extenso poema fue dedicado al duque de Niebla, y si bien es hermético y oscuro, con su exquisitez verbal aportó una nueva dimensión al mito.

FÁBULA DE POLIFEMO Y GALATEA (FRAGMENTO)

IV

Donde espumoso el mar siciliano
el pie argenta la plata al lilibeo,
bóveda o de la ragnas de Vulcano
a tumba de los huesos de Tifeo
pálidas señas cenizoso un llano,
cuando no del sacrílego deseo,
del duro oficio. Allí una alta roca
mordaza es una gruta de su boca.

V

Guarnición tosca des este escollo duro
tronco robusto son, a cuya greña
menos luz debe, menos aire puro
la caverna profunda, que a la peña,
caliginoso lecho, el seno oscuro
ser de la negra noche nos lo enseña
infame turba de nocturnas aves,
gimiendo tristes y volando graves.

VI

De este, pues, formidable de la tierra
bostezo, el melancólico vacío
a Polifemo, horror de aquella sierra,
bárbara choza es, albergue umbrío
y redil espaciosos donde encierra
cuanto las cumbres ásperas cabrío
de los montes esconde: copia bella
que un silbo junta y un peñasco sella.

VII

Un monte era de miembros eminente
este que- de neptuno hijo fiero-
de un ojo ilustra el orbe de su frente,
émulo casi del mayor lucero,
cíclope a quien el pino más valiente
bastón le obedecía tan ligero,
y al grave peso junco tan delgado,
que un día bastón y otro cayado.

● CONCEPTISMO

Corriente literaria surgida en el barroco. Otorgó una especial importancia a la idea o concepto, de ahí su nombre, al igual que a la exposición de esta reflexión. El teórico crítico por excelencia del conceptismo fue Baltasar Gracián, pero sus mayores representantes literarios fueron Lope de Vega y Francisco de Quevedo. Valiéndose de recursos de la retórica clásica, por ejemplo, de la metáfora, la elipsis, la antítesis, la alegoría o el paralelismo, así como de ingeniosos juegos de palabras y retruécanos, los conceptistas dieron preponderancia a la agudeza intelectual y al contenido de las obras sobre cualquier otro criterio.

¿Sabías que?

Góngora y Quevedo no se soportaban uno al otro?



● FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS (Madrid, 1580 – Villanueva de los Infantes, 1645)

Satírico implacable, moralista estoico, novelista de la picaresca, poeta del amor ardiente y de la contemplación metafísica, Francisco de Quevedo y Villegas es quizá la figura más compleja y contradictoria del Siglo de Oro. De familia aristocrática, estudió con los jesuitas en Madrid y en la Universidad de Alcalá, y, entre 1601 y 1606, también en Valladolid, a raíz del traslado de la corte a esta ciudad. La novela picaresca *El buscón*, en la que critica cáustica mente a la sociedad decadente de su época, data de estos años, en los que también se hizo popular como autor de letrillas satíricas y burlescas como *Poderoso caballero es don Dinero*. Alabado como poeta por figuras de la talla de Cervantes y Lope de Vega, el joven Quevedo decidió, sin embargo, hacer carrera en la Política y, tras el nombramiento de su protector, el duque de Osuna, como virrey de Nápoles, viajó a Italia en 1613 y se desempeñó durante siete años como su consejero y agente diplomático. En 1620, el duque perdió el favor real, y el Poeta fue confinado en su casa de La Torre de Juan Abad, por la que libraba un largo y costoso pleito de posesión. Luego fue encarcelado brevemente en Uclés. Junto con numerosas diatribas satíricas y diversas obras Políticas y morales de corte estoico, las cinco piezas en prosa de *Los sueños* (1605-1622) reflejan sus desencuentros en esta accidentada etapa de su vida. La marginación política, a la que se añadió una profunda crisis religiosa y espiritual, dieron paso en los años siguientes a un prolífico período poético, dominado temáticamente por la veleidad del mundo material, el paso del tiempo, el amor trascendente y la urgencia metafísica. Sonetos amorosos como *Amor constante más allá de la muerte* y algunos de los salmos o poemas metafísicos del autor figuran entre lo más destacado de su producción de esta época de infortunio y contemplación. Acusado de conspirar contra el trono en 1639, fue encarcelado una vez más este año en San Marcos de León. A su liberación, en 1643, era ya un hombre viejo, sin alegría ni salud. Los volúmenes *Parnaso español* (1648) y *Las tres musas* (1670) recogen cerca de mil de sus poemas, que representan la cúspide de la concisión, la agilidad y brillantez verbales de la escuela conceptista, de la que fuera el más excelso representante. Quevedo, en vida, se había ocupado menos de publicarlos que de atacar por escrito a sus enemigos políticos y rivales literarios y, especialmente, a Luis de Góngora, la gran figura del movimiento culterano. El sátiro burlón, el moralista profundo y el Poeta excelso conviven en este magnífico legado, uno de los tesoros más apreciados de las letras castellanas.

¿A que no sabes que le pasó a



Cierta noche que el literato español transitaba por la plazuela del Ángel de Madrid escuchó sonoros gritos de espanto y furiosos ladridos de perros. Rápidamente sacó la espada, se pone en guardia y siente una tremenda embestida y algo que se le clava en su broquel. A bulto, pues su vista no es muy buena, asesta estocada tras estocada. Se escuchan unos aullidos de dolor y los testigos de la escena que se habían escondido salen a felicitarlo. A la luz de los hechos; el poeta descubre a una pantera escapada de la casa de un embajador. Comentó que de haber sabido quien era su atacante no se habría sentido tan entero.

AMOR CONSTANTE MÁS ALLA DE LA MUERTE

Cerrar podré mis ojos la postrera
Sombra que me llevare el blanco día
Y podrá desatar esta alma mía
Hora a su afán ansioso lisonjera

Más no de es otra parte en la ribera
Dejará la memoria en donde arduo:
Nadar sobre mi llama el agua fría,
Y perder el respeto a ley severa.

Alma, a quien todo un Dios prisión
he sido,
veras, que humor a tonto juego han dado,
médulas, que han gloriosamente ardido.

Su cuerpo dejará, no su cuidado;
Serán ceniza, más tendrá sentido.
Polvo serán, mas polvo enamorado.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

TAREA DOMICILIARIA

I. Contestar:

1. ¿Qué es el Conceptismo?
2. ¿Qué es el Culteranismo?
3. ¿Con qué otro nombre se le conoce a Quevedo?

II. Completar:

1. Autor de la "Fábula de Polifemo y Galatea"
2. Representante del Conceptismo.
3. ¿A qué movimiento literario pertenece?
4. Luis de Góngora y Argote
5. Se caracteriza por la introducción de Neologismos

III. Colocar Verdadero o Falso:

- | | | |
|--|-----|-----|
| 1. Luis de Góngora y Argote nació en Italia. | () | () |
| 2. Quevedo es el representante del culteranismo. | () | () |
| 3. El protector de Quevedo es el duque de Medecis. | () | () |
| 4. La generación del 27 homenajean a Góngora y Quevedo | () | () |
| 5. "Quevedo le dedicó un poema a Góngora por su nariz grande.
Llamado a un hombre de gran nariz". | () | () |

IV. Realice un análisis de la métrica y rima de Quevedo o de Góngora (opcional)

Taller de Literatura

POEMA 20

PUEDO escribir los versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo: "La noche está estrellada,
Y tiritan, azules, los astros a lo lejos".

El viento de la noche gira en el cielo y canta.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Como no haber amado sus grandes ojos fijos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como el pasto al rocío.

Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.
La noche está estrellada y ella no está conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.

La misma noche que hace blanquear los mismos
árboles
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,
Y éstos los últimos versos que yo le escribo.

PABLO NERUDA

LOS GALLINAZOS SIN PLUMAS

A las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos. Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. Las personas que recorren la ciudad a esta hora parece que están hechas de otra sustancia, que pertenecen a un orden de vida fantasmal.

Las beatas se arrastran penosamente hasta desaparecer en los pórticos de las iglesias. Los noctámbulos macerados por la noche, regresan a sus casas envueltos en sus bufandas y en su melancolía. Los basureros inician por la avenida Pardo su paseo siniestro, armados de escobas y de carretas. A esta hora se ve también obreros caminando hacia el tranvía, policías bostezando contra los árboles, canillitas morados de frío, sirvientas sacando los cubos de la basura. A esta hora, por último, como a una especie de misteriosa consigna, aparecen los gallinazos sin plumas. A esta hora el viejo don Santos se pone la pierna de palo y sentándose en el colchón comienza a berrear:

- ¡A levantarse! ¡Efraín, Enrique! ¡Ya es hora!

Los dos muchachos corren a la acequia del corralón frotándose los ojos lagañosos. Con la tranquilidad de la noche el agua se ha remansado en el fondo transparente se ven crecer yerbas y deslizarse ágiles infusorios.

Luego de enjuagarse la cara, coge cada cual su lata y se lanzan a la calle. Don Santos, mientras tanto, se aproxima al chiquero y con su larga vara golpe el lomo de su cerdo que se revuelva entre los desperdicios.

- ¡todavía le falta un poco, marrano! Pero aguarda no más, que ya llegará tu turno.

Efraín y Enrique se demoran en el camino, trepándose a los árboles para arrancar moras o recogiendo piedras, de aquellas filudas que cortan el aire y hieren por la espalda. Siendo aún la hora celeste llegan a su dominio, una larga calle ornada de casas elegantes que desemboca en el malecón.

Ellos no son los únicos. En otros corralones, en otros suburbios alguien ha dado la voz de alarma y muchos se han levantado. Unos portan latas, otros cajas de cartón, a veces solo basta un periódico viejo. Sin conocerse forma una especie de organización clandestina que tiene repartida toda la ciudad. Los hay que merodean por los edificios públicos, otros han elegido los parques o los muladares. Hasta los perros han adquirido sus hábitos, sus itinerarios, sabiamente seleccionados por la miseria.

Efraín y Enrique, después de un breve descanso, empiezan su trabajo. Cada uno escoge una acera de la calle.

Los cubos de basura están alineados delante de las puertas. Hay que vaciarlos íntegramente y luego comenzar la exploración. Un cubo de basura es siempre una caja de sorpresas. Se encuentran latas de sardina, zapatos viejos, pedazos de pan, pericotes muertos, algodones inmundos. A ellos solo les interesa los restos de comida. En el fondo del chiquero, Pascual recibe cualquier cosa y tiene predilección por las verduras ligeramente descompuestas. La pequeña lata de cada uno se va llenando de tomates podridos, y pedazos de cebo, extrañas salsas que no figuran en el manual de cocina. No es raro, sin embargo, hacer un hallazgo valioso. Un día Efraín encontró unos tirantes con los que fabricó una honda. Otra vez una pera casi buena que devoró en el acto. Enrique, en cambio tiene suerte para las cajitas de remedios, los pomos brillantes, las escobillas de dientes usadas y otras cosas semejantes que colecciona con avidez.

Después de una rigurosa lección regresan a la basura al cubo y se lanzan sobre el próximo. No conviene demorarse mucho por que el enemigo siempre esta al acecho. A veces son sorprendidos por las sirvientas y tienen que huir dejando regalo el botín. Pero, con más frecuencia, es el carro de la Baja Policía el que aparece y entonces la jornada está perdida.

Cuando el sol asoma sobre las lomas, la hora celeste llega a su fin. La niebla se ha disuelto, las beatas están sumidas en éxtasis, los noctámbulos duermen, los canillitas han repartido los diarios, los obreros trepan a los andamios. La luz desvanece el mundo mágico del alba,

Los gallinazos sin plumas han regresado a su nido.

↓ ↓ ↓

Don Santos los esperaba con el café preparado.

- A ver, ¿qué cosa me han traído?

Husmeaba entre las latas y si la provisión estaba buena hacia siempre el mismo comentario:

- Pascual tendrá banquete hoy día.

Pero la mayoría de las veces estallaba:

- ¡Idiotas! ¿Qué han hecho hoy día? ¡Se han puesto a jugar seguramente! ¡Pascual se morirá de hambre!

Ellos huían hacia el emparrado, con las orejas ardiendo de los pescozones, mientras el viejo se arrastraba hasta el chiquero. Desde el fondo de su reducto el cerdo empezaba a gruñir. Don Santos le aventaba la comida.

- ¡Mi pobre Pascual! Hoy día te quedarás con hambre por culpa de estos zamarros. Ellos no te engríen como yo. ¡Habrà que zurrarlos para que aprendan!

↓ ↓ ↓

Al comenzar el invierno el cerdo estaba convertido en una especie de monstruo insaciable. Todo le parecía poco y don Santos se vengaba en sus nietos del hambre del animal. Los obligaba a levantarse más temprano, a invadir los terrenos ajenos en busca de más desperdicios.

Por último los forzó a que se dirigieran hasta el muladar que estaba al borde del mar.

- Allí encontrarán más cosas. Será más fácil además porque todo está junto.

Un domingo, Efraín y Enrique llegaron al barranco.

Los carros de la Baja policía, siguiendo una huella de tierra, descargaban la basura sobre una pendiente de piedra. Visto desde el malecón, el muladar formaba una especie de acantilado oscuro y humeante, donde los gallinazos y los perros se desplazaban como hormigas. Desde lejos los muchachos arrojaron piedras para espantar a sus enemigos. Un perro se retiró aullando. Cuando estuvieron cerca sintieron un olor nauseabundo que penetró hasta sus pulmones. Los pues se les hundían en un alto de plumas, de excremento, de materias descompuestas o quemadas. Enterrando las manos comenzaron la exploración. A veces, bajo un periódico amarillento, descubrían una carroña devorada a medias. En los acantilados próximos los gallinazos espiaban impacientes y algunos se acercaban saltando de piedra en piedra, como si quisieran acorralarlos. Efraín gritaba para intimidarlos y sus gritos resonaban hasta el mar. Después de una hora de trabajo regresaron al corralón con los cubos llenos.

- ¡Bravo! - exclamo don Santos - Habrá que repetir esto dos o tres veces por semana.

Desde entonces, los miércoles y los domingos. Efraín y Enrique hacían el trote hasta el muladar. Pronto formaron parte de la extraña fauna de esos lugares y los gallinazos, acostumbrados a su presencia, laboraban a su lado, graznando, aleteando, escarbando con sus picos amarillos, como ayudándolos a descubrir la pista de la preciosa suciedad.

Fue al regresar de una de esas excursiones que Efraín sintió un dolor en la planta del pie. Un vidrio le había causado una pequeña herida. Al día siguiente tenía el pie hinchado, no obstante lo cual prosiguió su trabajo. Cuando regresaron no podía casi caminar, pero don Santos no se percató de ellos pues tenía visita. Acompañado de un hombre gordo que tenía las manos manchadas de sangre, observaba el chiquero.

- Dentro de veinte o treinta días vendré por acá - decía el hombre -. Para esa fecha creo que podrá estar a punto. Cuando partió, don Santos echaba fuego por los ojos.

- ¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡De ahora en adelante habrá que aumentar la ración de Pascual! El negocio anda sobre rieles.

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando don Santos despertó a sus nietos. Efraín no se pudo levantar.

- tiene una herida en el pie - explicó Enrique -. Ayer se cortó con un vidrio.

Don Santos examinó el pie de su nieto. La infección había comenzado.

- ¡Esas son patrañas! Que se lave el pie en la acequia y que se envuelva con un trapo.

- ¡Pero si le duele! - Intervino Enrique - No puede caminar bien.

Don Santos meditó un momento. Desde el chiquero llegaban los gruñidos de Pascual.

- ¿Y a mí? - pregunto dándose un palmazo en la pierna de palo - ¿Acaso no me duele la pierna? Y yo tengo setenta años y yo trabajo... ¡Hay que dejarse de mañas!

Efraín salió a la calle con su lata, apoyando en el hombro de su hermano. Media hora después regresaron con los cubos casi vacíos.

- ¡No podía más! - dijo Enrique al abuelo - Efraín está medio cojo.

Don Santos observó a sus nietos como si meditara una sentencia.

- Bien, bien - dijo rascándose la barba rala y cogiendo a Efraín des pescuezo lo arreó hacía el cuarto.

- Los enfermos a la cama! ¡A podrirse sobre el colchón!

Y tú harás la tarea de tu hermano. ¡Vete ahora mismo al muladar!



Cerca al mediodía Enrique regreso con los cubos repletos. Lo seguía un extraño visitante: un perro escuálido y medio sarnoso.

- Lo encontré en el muladar - explico Enrique - y me ha venido siguiendo.

Don Santos cogió la vara.

- ¡Una boca más en el corralón!

Enrique levantó al perro contra su pecho y huyó hacia la puerta.

- ¡No le hagas nada abuelito! Le daré yo de mi comida.

Don Santos se acercó. Hundiendo su pierna de palo en el lodo.

- ¡Nada de perros aquí! ¡Ya tengo bastante con ustedes!

Enrique abrió la puerta de la calle.

- Si se va él, me voy yo también.

El abuelo se detuvo. Enrique aprovecho para insistir:

- No come casi nada ... mira lo flaco que está. Además, desde que Efraín esta enfermo, me ayudará. Conoce bien el muladar y tienen buena nariz para la basura-

Don Santos reflexionó, mirándolo el cielo donde se condensaba la garúa. Sin decir nada soltó la vara, cogió los cubos y se fue rengueando hasta el chiquero.

Enrique sonrió de alegría y con su amigo aferrado al corazón corrió donde su hermano.

- ¡Pascual, Pascual... Pascualito! - cantaba el abuelo.

- Tu te llamas Pedro! - dijo Enrique acariciando la cabeza de su perro e ingresó donde Efraín.

Su alegría se esfumó: Efraín inundado de sudor se revolcaba de dolor sobre el colchón. Tenía el pie hinchado como si fuera de jebe y estuviera lleno de aire. Los dedos habían perdido casi su forma.

- Te he traído este regalo, mira - dijo mostrando al perro - Se llama Pedro, es para ti, para que te acompañe... cuando yo me vaya al muladar telo dejaré y los dos jugarán todo el día. Le enseñarás a que te traiga piedras en la boca.
- ¿Y el abuelo? - pregunto Efraín extendiendo su mano hacia el animal.
- El abuelo no dice nada - suspiró Enrique.
- Ambos miraron hacia la puerta. La garúa había empezado a caer. La voz del abuelo llegaba:
- ¡Pascual !Pascual ... Pascualito!



Esa misma noche salió luna llena. Ambos nietos se inquietaron, por que en esta época el abuelo se ponía intratable. Desde el atardecer lo vieron rondado por el corralón, hablando solo, dando de varillazos al empedrado. Por momentos se aproximaba al cuarto, echaba una mirada a sus interior y al ver a sus nietos silenciosos lanzaba un salivazo cargado de rencor. Pedro le tenía miedo y cada vez que lo veía se acurrucaba y quedaba inmóvil como una piedra.

- ¡Mugre, nada más que mugre! - repitió toda la noche el abuelo, mirando la luna.

A la mañana siguiente Enrique amaneció resfriado.

El viejo, que lo sintió estornudar en la madrugada, no dijo nada. En el fondo, sin embargo, presentía una catástrofe. Si Enrique se enfermaba, ¿quién se ocuparía de Pascual? La voracidad del cerdo crecía con su gordura.

Gruñía por las tardes con el hocico enterrado en el fango. Del corralón de Nemesio, que vivía a una cuadra, se habían venido a quejar.

Al segundo día sucedió lo inevitable. Enrique no se, pudo levantar. Había tosido toda la noche y la mañana lo sorprendió temblando, quemado por la fiebre.

- ¿Tu también? - pregunto el abuelo.

Enrique señaló su pecho, que roncaba. El abuelo salió furioso del cuarto. Cinco minutos después regresó.

- ¡Está muy mal engañarme de esa manera! - plañía - Abusan de mi porque no puedo caminar. Saben bien que soy un viejo, que soy cojo. ¡De otra manera los mandarí al diablo y me ocuparía yo solo de Pascual!

Efraín se despertó quejándose y Enrique comenzó a toser.

- ¡Pero no importa! Yo me encargaré de él. ¡Ustedes son basura, nada mas que basura! ¡Unos pobres gallinazos sin plumas! Ya verán como les saco ventaja. El abuelo está fuerte todavía. ¡Pero eso sí, hoy día no habrá comida para ustedes! ¡No habrá comida hasta que no puedan levantarse y trabajar!

A través del umbral lo vieron levantar las latas en vilo y volcarse en la calle. Media hora después regresó aplastado. Sin la ligereza de sus nietos el carro de la baja policía lo había ganado. Los perros, además habían querido morderlo.

- ¡Pedazos de mugre! ¡Ya saben, que quedarán sin comida hasta que no trabajen!

Al día siguiente trato de repetir la operación pero tuvo que renunciar. Su pierna de palo había perdido la costumbre de las pistas de asfalto, de las duras aceras y cada paso que daba era como un lazo en la ingle. A la hora celeste del tercer día se quedó desplomado en su colchón, sin otro ánimo que para el insulto.

- ¡Si se muere de hambre - gritaba - será por culpa de ustedes!



Desde entonces empezaron unos días angustiosos, interminables. Los tres pasaban el día encerrados en el cuarto, sin hablar, sufriendo una especie de reclusión forzosa. Efraín se revolcaba sin tregua. Enrique tosía, Pedro se levantaba y después de hacer un recorrido por el corralón, represaba con una piedra en la boca, que depositaba e las manos de sus amos. Don Santos, a medio acostar, jugaba con su pierna de palo y les lanzaba miradas feroces. A mediodía se arrastraba hasta la esquina del terreno donde crecían verduras y preparaba su almuerzo que devoraba

en secreto. A veces aventaba a la cama de sus nietos alguna lechuga o una zanahoria cruda, con el propósito de excitar su apetito creyendo así hace más refinado su castigo.

Efraín ya no tenía fuerzas ni para quejarse. Solamente Enrique sentía crecer en su corazón un miedo extraño y al mirar los ojos del abuelo creía desconocerlo, como si ellos hubieran perdido su expresión humana. Por las noches, cuando la luna se levantaba, cogía a Pedro entre sus brazos y lo aplastaba tiernamente hasta hacerlo gemir. A esa hora el cerdo comenzaba a gruñir y el abuelo se quejaba como si lo estuvieran ahorcando. A veces se ceñía la pierna de palo y salía al corralón. A la luz de la luna Enrique lo veía ir diez veces al chiquero a la huerta, levantando los puños, atropellando lo que encontraba a su camino. Por último reingresaba al cuarto y quedaba mirándolos fijamente, como si quisiera hacerlos responsables del hambre de Pascual.

↓ ↓ ↓

La última noche de luna llena nadie pudo dormir. Pascual lanzaba verdaderos rugidos. Enrique había oído decir que los cerdos, cuando tenían hambre, se volvía locos como los hombres. El abuelo permaneció en vela, sin apagar siquiera el farol. Esta vez no salió del corralón ni maldijo entre dientes. Hundido en su colchón miraba fijamente la puerta. Parecía amasar dentro de sí una cólera muy vieja, jugar con ella, aprestarse a dispararla.

Cuando el cielo comenzó a desteñirse sobre las lomas, abrió la boca, mantuvo su oscura oquedad vuelta hacia sus nietos y lanzó un rugido.

- ¡Arriba, arriba, arriba! - los golpes comenzaron a llover - 'A levantarse haraganes! ¿Hasta cuándo vamos a estar así? ¡Esto se acabó! ¡de pie...!

Efraín se echó a llorar. Enrique se levantó, aplastándose contra la pared. Los ojos del abuelo parecían fascinarlo hasta volverlo insensible a los golpes. Veía la vara alzarse y abatirse sobre su cabeza, como si fuera una vara de cartón. Al fin pudo reaccionar.

- ¡A Efraín no! ¡El no tiene la culpa! ¡Déjame a mi solo, yo saldré, yo iré al muladar!

El abuelo se contuvo jadeante. Tardó mucho en recuperar el aliento.

- Ahora mismo ... muladar ... lleva dos cubos, cuatro cubos...

Enrique se apartó, cogió los cubos y se alejó a la carera. La fatiga del hambre y de la convalecencia lo hacían trastabillar. Cuando abrió la puerta del corralón, Pedro quiso seguirlo.

- Tú no, Quédate aquí cuidando a Efraín!

Y se lanzó a la calle respirando a pleno pulmón el aire de la mañana. En el camino comió yerbas, estuvo a punto de mascar la tierra. Todo lo veía a través de una niebla mágica. La debilidad lo hacía ligero, etéreo: volaba casi como un pájaro. En el muladar se sintió un gallinazo rebosante emprendió el regreso. Las beatas, los noctámbulos, los canillitas descalzos, todas las secreciones del alba comenzaban a dispersarse por la ciudad. Enrique, devuelto a su mundo, caminaba feliz entre ellos en su mundo de perros y fantasmas, tocado por la hora celeste.

Al entrar al corralón sintió un aire opresor, resistente, que lo obligó a detenerse. Era como si allí en el dintel, terminara un mundo y comenzara otro fabricado de barro, de rugidos, de absurdas penitencias. Lo sorprendente era, sin embargo, que esta vez reinaba en el corralón una calma cargada de malos presagios, como si toda la violencia estuviera en equilibrio a punto de desplomarse: El abuelo, parado al borde del chiquero, miraba hacia el fondo. Parecía un árbol creciendo desde su pierna de palo. Enrique hizo ruido pero el abuelo no se movió.

- ¡Aquí están los cubos!

Don Santos le volvió la espalda y quedó inmóvil. Enrique soltó los cubos y corrió intrigado hasta el cuarto.

Efraín, apenas lo vio, comenzó a gemir:

- Pedro ... Pedro ...

- ¿Qué pasa?

- Pedro ha mordido al abuelo... el abuelo cogió la vara ... después lo sentí aullar.

Enrique salió del cuarto.

- ¡Pedro, ven aquí ¿Dónde estás, Pedro?

Nadie le respondió. El abuelo seguía inmóvil, con la mirada en la pared. Enrique tuvo un mal presentimiento.

De un salto se acercó al viejo.

Su mirada descendió al chiquero. Pascual devoraba algo en medio del lodo. Aún quedaban las piernas y el rabo del perro.

- ¡No! - grito Enrique tapándose los ojos - ¡No, no! - a través de las lágrimas buscó la mirada del abuelo. Este lo rehuyó, girando torpemente sobre su pierna de palo. Enrique comenzó a danzar en torno suyo. Prendiéndose de su camisa, gritando, pataleando, tratando de mirar sus ojos, de encontrar una respuesta.

- ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué?

El abuelo no respondía. Por último, impaciente, dio un manotón a su nieto que lo hizo rodar por tierra. Desde allí Enrique observó al viejo que, erguido como un gigante, miraba obstinadamente el festín de Pascual. Estirando la mano encontró la vara que tenía el extremo manchado de sangre. Con ella se levantó de puntillas y se acercó al viejo.

- ¡voltea! - grito - ¡voltea!

Cuando don Santos se volvió, divisó la vara que cortaba el aire y se estrellaba contra su pómulo.

- ¡Toma! - chilló Enrique y levantó nuevamente la mano. Pero, súbitamente se detuvo, temerosos de lo que estaba haciendo, y lanzando la vara a su alrededor, miró al abuelo casi arrepentido. El viejo, cogiéndose el rostro, retrocedió un paso, su pierna de palo tocó tierra húmeda, resbaló y dando un alarido se precipitó de espaldas al chiquero.

Enrique retrocedió unos pasos. Primero aguzó el oído pero no se escuchaba ningún ruido. Poco a poco se fue aproximando. El abuelo, con la pata de palo quebrada, estaba de espaldas al fango. Tenía la boca abierta y sus ojos buscaban a Pascual, que se había refugiado en un ángulo y husmeaba sospechosamente en el lodo.

Enrique se fue retirando, con el mismo sigilo con que se había aproximado. Probablemente el abuelo alcanzó a divisarlo pues mientras corría hacia el cuarto le pareció que lo llamaba por su nombre, con un tono de ternura que él nunca había escuchado.

- ¡A mí, Enrique, a mí!

- ¡Pronto! - exclamó, precipitándose sobre su hermano - ¡Pronto Efraín! ¡El viejo se ha caído al chiquero! ¡Debemos irnos de acá!

- ¿Adónde? - pregunto Efraín.

- ¡A dónde sea, el muladar, donde podamos comer algo, donde los gallinazos!

- ¡No me puedo parar!

Enrique cogió a su hermano con ambas manos y lo estrechó contra su pecho. Abrazados hasta formar una sola persona cruzaron lentamente el corralón. Cuando abrieron el portón de la calle se dieron cuenta que la hora celeste había terminado y que la ciudad, despierta y viva, abría ante ellos su gigantesca mandíbula.

Desde el chiquero llegaba el rumor de una batalla.

(Escrito en París en 1954)